

EL CUADRO BLANCO DE YASMINA REZA

El pasado miércoles asistí, por segunda vez, a la obra teatral ARTE. Cuando finalizó me fui al servicio. Y mientras orinaba -¿He elegido el término adecuado?- pujaban en mi interior tres o cuatro teorías que trataban de explicar por qué la representación de teatro que acababa de aplaudir me parecía –a mí y a muchos miles de espectadores más- una obra maestra.

Entró un hombre mayor con traje negro y, a pesar de estar todos los demás libres, se colocó en el urinario inmediato al mío. Me sentí muy molesto y deseoso de acabar pronto y de salir pitando. Pero lo peor fue que el desconocido giró su cráneo hacia mí y osó hablarme:

- “¿Le ha gustado la obra?”

- “Sí, sí, mucho...”

- “Me refiero al cuadro. Al cuadro blanco.”

- “Bueno... Es un cuadro completamente blanco... Se trata de algo cómico. No puede gustar a nadie lo que no existe...”

- “Pues para mí es la culminación del Arte. Casi el punto final. Yasmina Reza ha aportado a la cultura universal la más sublime expresión de las artes plásticas. Ha sido capaz de enmarcar la Nada y mostrarla en toda su impensable plenitud. Es la ausencia de forma y color. Es el Silencio. Detrás sólo queda una vibración creativa: la de un artista que ha querido comunicar la Nada. El Vacío: ese silencio que salvaba en el último momento el amor entre unos personajes que cuanto más hablaban menos se entendían. Los místicos orientales llevan miles de años coqueteando con ese vacío voluptuoso, infinitamente vibrante, el Todo que no admite modelarse, ni pintarse, ni filosofarse. Yasmina Reza ha creado una obra plástica de Arte Total.”

Yo ya había terminado y abrochaba mi bragueta. Oí unos pasos que se acercaban por la escalera. “¡Ahí está!” Dos hombres jóvenes con bata blanca redujeron al charlatán. Miré hacia él y vi un rostro que me recordó a Schopenhauer.